

Luis Aquiles Mejía Arnal*

Popper y la libertad Había una vez un país que perdió el rumbo

Resumen

Karl Popper postula que no puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción. Para mejorar la sociedad es necesario recurrir a la ingeniería social gradual, que busca introducir cambios tentativos, en sí mismos valiosos, al margen de que exista o no un plan general. Si no se obtiene el resultado esperado, habrá oportunidad de rectificar. El progreso gradual, la necesidad de un equilibrio de fuerzas bajo el poder del Estado, y la proporción entre Estado y sociedad son vitales para la conservación de la libertad.

La base teórico-social se ilustra con el ejemplo de un país imaginado, en el cual luego de un comienzo promisorio, que parecía dirigido a la construcción de una sociedad más justa, se abandonó el gradualismo, surgieron las ilusiones utópicas y terminó por apartarse de toda planificación.

Palabras clave: Estado, falsacionismo, gradualismo, historicismo, ingeniería social, libertad, marxismo, planificación, sociedad, utopía.

Popper and freedom

Once upon a time there was a country that went off course

Abstract

Karl Popper argues that there can be no scientific theory of historical development on which historical prediction might be grounded. In order to improve society it is necessary to resort to gradual social engineering, which seeks to bring about tentative changes, valuable in themselves, regardless of whether or not there exists a general plan. If one does not reach the expected result, there will be room for rectification. Gradual progress, the need for a balance of the forces under the State's power, and the balance between State and society are vital for the preservation of freedom.

The social-theoretical basis is illustrated with the example of an imaginary country, which after a promising start -seemingly aimed at building a more just society-, simply gave up gradualism, utopian illusions emerged, and finally all planning was abandoned.

Keywords: State, falsationism, gradualism, historicism, social engineering, freedom, marxism, planning, society, utopia.

* Universidad Central de Venezuela / Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
Artículo recibido 23 de Marzo de 2010 – Arbitrado 13 de Abril de 2010

El totalitarismo moderno es sólo un episodio dentro de la eterna rebelión contra la libertad y la razón. Se distingue de los episodios más antiguos, no tanto por su ideología como por el hecho de que sus jefes lograron realizar uno de los sueños más osados de sus predecesores, a saber, convertir la rebelión contra la verdad en un movimiento popular.

(Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, II, p. 250)

Karl Popper (1902-1994) en su obra histórico-social central “La sociedad abierta y sus enemigos”,¹ estudió la gestación de la idea totalitaria, desde la filosofía griega clásica hasta el siglo XX, el surgimiento de la sociedad abierta y el método para mejorar la sociedad dentro de la libertad: la ingeniería social gradual.² Advirtió inicialmente que *los conflictos más graves provienen de algo no menos admirable y firme que peligroso, a saber, nuestra impaciencia por mejorar la suerte de nuestro prójimo (La sociedad... I, p. 6)*. Es decir, los fines más valiosos se pueden frustrar por la urgencia en conseguirlos.

La otra gran exposición de sus ideas sociales, “La miseria del historicismo”,³ tiene como afirmación fundamental *que la creencia en un destino histórico es pura superstición y que no puede haber predicción del curso de la historia humana por métodos científicos o cualquier otra clase de método racional.*⁴

La idea de *sociedad abierta*, precisamente por su carácter amplio, variado, plural, se resiste a definiciones; más bien se puede hablar de *sociedades abiertas*

¹ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*. Tr. ing. Eduardo Loedel. Ediciones Orbis, S.A. Barcelona, 1984

² Popper escribió la mayor parte del contenido durante la Segunda Guerra Mundial. Dice que tomó la decisión de escribirlo en marzo de 1938, el día en que le llegaron las noticias de la invasión de Austria. La redacción de la obra se extendió hasta 1943, pero la publicación no se logró hasta la finalización de la guerra. (La sociedad... I, p. 11)

³ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*. Versión en español de Pedro Schwartz. Alianza Editorial Madrid, 1973. El título alude a la obra de Marx “La miseria de la filosofía”, a su vez una referencia a “Filosofía de la Miseria”, de Proudhon (La miseria... p. 11)

⁴ Popper desarrolló estas ideas en el invierno de 1919 a 1920. Sus líneas generales estaban trazadas en 1935 y fue leído por primera vez, en enero o febrero de 1936, en forma de un ensayo ya intitulado «La Miseria del Historicismo», pero su publicación no ocurrió hasta una fecha muy posterior.

que ponen en libertad las facultades críticas del hombre; donde las ideas entran en competencia, bajo una democracia con protección a las minorías; donde el sistema social propicia transformaciones mediante la argumentación racional y asegura una justicia igualitaria; donde los individuos deben adoptar decisiones personales, son muchos los miembros que se esfuerzan por elevarse socialmente y el Estado propicia esa posibilidad.

Se trata de una fe en el hombre que nos aconseja el camino hacia una anhelada vida mejor. Difícil tránsito pero *si queremos seguir siendo humanos, entonces sólo habrá un camino, el de la sociedad abierta. Debemos proseguir hacia lo desconocido, lo incierto y lo inestable sirviéndonos de la razón de que podamos disponer, para procurarnos la seguridad y libertad a que aspiramos.* (*La sociedad...* I, p. 195)

La sociedad abierta persigue y a la vez necesita la libertad; es la vía hacia una sociedad “*que rechace la autoridad absoluta de lo establecido por la mera fuerza del hábito y de la tradición, tratando, por el contrario, de preservar, desarrollar y establecer aquellas tradiciones, viejas o nuevas, que sean compatibles con las normas de la libertad, del sentimiento de humanidad y de la crítica racional*”. (*La sociedad...* prefacio)

Libertad interior y exterior, libertad de espíritu en la sociedad, libertad de todo determinismo histórico. Se rechazarán, como trágicas para la humanidad, las ideas de grandeza de una raza o nación. Es necesario liberar al hombre del sentimiento de que la sociedad está irremediablemente condicionada por el pasado, de que no es posible avanzar hacia una sociedad abierta contra, o sin el concurso de la irremediable fuerza del destino histórico.

Podemos imaginar un país libre de la creencia de que el desorden de una conquista por aventureros españoles, una colonización que no logró estructurar una sociedad viable y las guerras para independizar medio continente, determinaron un imperecedero bochínche, del cual sólo es posible escapar durante períodos en que un hombre providencial, con la fuerza de su personalidad y sus armas, lo somete a una apariencia de orden social que no llega a ser internalizado por la población, de manera que a tal período de aparente orden, sucede otro en el que la libertad alcanzada termina por hacer inoperante al nuevo sistema y conduce a la búsqueda de un nuevo hombre providencial que lo libere del caos.

La paradoja de la libertad

La libertad incluye la posibilidad de elegir la conducta que creemos mejor; esa actuación puede conducir a que se elija al hombre fuerte que acabará con todos los males, es decir, al tirano. A este aparente contrasentido se denomina la paradoja de la libertad: la libertad ilimitada conduce a su opuesto, dado que sin su protección y restricción por parte de las leyes, la libertad debe conducir a una tiranía de los fuertes sobre los débiles. Esta paradoja, enunciada por Platón, fue resuelta por Kant quien exigió que la libertad de cada hombre se restringiese lo suficiente como para salvaguardar un grado igual de libertad en los demás (*La sociedad...* II, p. 236). Entonces, libertad es también conciencia de los derechos, es educación para elegir mejor, y para querer vivir en comunidad.

Lo que exijo del Estado es protección, no sólo para mí sino también para los demás. Exijo la protección de mi propia libertad y la de los demás. No quiero vivir a merced de quien tenga los puños más fuertes o las armas más poderosas. En otras palabras, quiero ser protegido de la agresión de los demás hombres. Quiero que se reconozca la diferencia entre la agresión y la defensa y que esa última descansa en un poder organizado del Estado. [...] Yo me siento perfectamente dispuesto a aceptar que mi propia libertad sea algo restringida por el Estado, siempre que eso suponga la protección de la libertad que me resta [...] (*La sociedad...* I, p. 115).

Es difícil determinar exactamente el grado de libertad que puede concederse a los ciudadanos sin ponerla en peligro. Sin embargo, es posible una determinación aproximada de dicho grado de libertad; en caso contrario, no existirían Estados democráticos. Por ejemplo, puede responderse a la objeción de que es difícil saber dónde termina la libertad y empieza el delito, con la famosa historia de aquel matón que protestaba ante el tribunal de justicia porque, siendo un ciudadano libre, podía mover su puño en la dirección que se le antojase, a lo cual repuso el juez prudente: “*La libertad del movimiento de tus puños está limitada por la posición de la nariz de tu vecino*” (*La sociedad...* I, p. 115)

En la educación, por ejemplo, es necesario cierto grado de control por parte del Estado, si se quiere resguardar a la juventud de una ignorancia que la tornaría incapaz de defender su libertad, y es deber del Estado hacer que todo el mundo goce de iguales facilidades educacionales. Pero un control estatal excesivo en las cuestiones educacionales es un peligro mortal para la libertad, puesto

que puede conducir al adoctrinamiento. La importante y difícil cuestión de las limitaciones de la libertad no puede resolverse mediante una fórmula seca y tajante. (*idem*)

Popper denomina a su idea “proteccionismo” aclarando que tiene un significado diferente al adoptado por la economía o la moral para describir sistemas antiliberales; sin embargo, lo considera conveniente para indicar que su propuesta, si bien liberal, nada tiene que ver con la política de no-intervencionismo estricto. El liberalismo y la intervención estatal no se excluyen mutuamente, afirma, por el contrario, claramente se advierte que no hay libertad posible si no está garantizada por el Estado. (*La sociedad...* I, p. 115)

La libertad es éticamente superior a la tiranía. Libertad es posibilidad de elegir un proyecto de vida y llevarlo adelante. Esa libertad de elección no implica necesariamente que sea adecuado el proyecto, ni que el sujeto sea capaz de desarrollarlo. Bien sea porque el proyecto de vida choque con los intereses ajenos, bien sea porque están excesivamente limitadas las posibilidades de desarrollo individual, el proyecto fracasa y se traduce en frustración. Es decir, conservar la libertad significa además generar suficientes oportunidades, de manera que todos puedan prosperar en libertad, y también significa reprimir las conductas abusivas o delictivas.

Si una sociedad democrática no es capaz de garantizar oportunidades para las mayorías, será cada día más numerosa la elección de proyectos de vida lesivos a los demás, y mayor la necesidad de represión. La generalización de estas conductas hará difícil o imposible su control por el Estado democrático, y mal vivientes, en motocicleta o en *hummer*, destruirán la libertad.

Determinismo histórico e historicismo

El rechazo de Popper al determinismo histórico niega la posibilidad de predecir el curso de la historia, la cual considera fuertemente influida por el crecimiento de los conocimientos humanos. No se puede predecir, por métodos racionales, el crecimiento futuro de los conocimientos científicos; esto significa “*rechazar la posibilidad de una historia teórica; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la física teórica. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica*”. (*La miseria...*, p. 12)

“El argumento no refuta, claro está, la posibilidad de toda clase de predicción social; por el contrario, es perfectamente compatible con la posibilidad de poner a prueba teorías sociológicas –por ejemplo teorías económicas– por medio de una predicción de que ciertos sucesos tendrán lugar bajo ciertas condiciones. Sólo refuta la posibilidad de predecir sucesos históricos en tanto puedan ser influidos por el crecimiento de nuestros conocimientos. [...] no podemos anticipar hoy lo que sabremos sólo mañana.” (*La miseria...* p. 13)

Es decir, el desconocimiento del curso futuro de los conocimientos y por tanto del curso de la historia, no impide intentar predicciones, que siempre estarán sujetas a la posibilidad de error y por tanto deberán ser prudentes y susceptibles de rectificación.

La tendencia contraria, que nuestro autor denomina *historicismo*, consiste en “*un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la predicción histórica es el fin principal de éstas, y [...] este fin es alcanzable por medio del descubrimiento de los “ritmos” o los “modelos”, de las “leyes” o las “tendencias” que yacen bajo la evolución de la historia.* (*La miseria...* p. 17)

El *historicismo* presenta dos vertientes claramente definidas. Desde Stuart Mill, nos explica Popper, repetidos intentos de reformar el método de las ciencias sociales, han conducido a la discusión sobre la aplicabilidad del método de la física a las disciplinas sociales. Según su opinión sobre la aplicabilidad de estos métodos, se pueden clasificar las escuelas en “pronaturalistas” o “positivistas” si están en favor de la aplicación de los métodos de la física a las ciencias sociales, y de “antinaturalistas” o “negativistas” si se oponen al uso de estos métodos. (*La miseria...* p. 16)

Los segundos sostienen que las uniformidades sociales son muy diferentes de las regularidades de las ciencias naturales. Cambian de un período histórico a otro, y es la actividad humana la fuerza que las cambia. Esta tendencia del *historicismo* atrae a los que sienten la llamada de la actividad, de la intervención en los asuntos humanos, negándose a aceptar como inevitable el estado de cosas existente. “*Esta tendencia hacia la actividad y contra cualquier clase de complacencia puede llamarse “activismo”. Marx [...] expresa la actitud activista de forma muy llamativa: «Los filósofos sólo han interpretado el mundo de diversas maneras; la cuestión, sin embargo, es cambiarlo».* (*La miseria...* p. 22, cita Tesis sobre Feuerbach, 1845)

La economía, sostiene esta tendencia, puede revelar las fuerzas rectoras del desarrollo económico a través de los distintos períodos históricos, ayudar a prever los rasgos generales de futuros períodos, pero no puede ayudar a desarrollar y a poner en operación ningún plan detallado para ningún período nuevo. Su fin último sólo puede ser “*el poner al descubierto la ley económica que rige el movimiento de la sociedad humana*” (Marx). Sólo son razonables aquellas actividades que concuerdan con los cambios inminentes, y ayudan a que éstos ocurran. La partería social es la única actividad perfectamente razonable que nos queda abierta, la única actividad que sea posible apoyar en la predicción científica. (*La miseria...* p. 63)

El marxismo es una teoría puramente histórica, una teoría que aspira a predecir el curso futuro de las evoluciones económicas y, en especial, de las revoluciones. Como tal, no proporcionó la base de la política del partido comunista ruso después de su advenimiento al poder político. Las políticas económicas adoptadas por Lenin “no tienen absolutamente nada que ver con las teorías del socialismo científico sustentadas en otro tiempo por Marx y Engels”, dice Popper, a lo cual añade que “difícilmente haya una palabra sobre la economía del socialismo en la obra de Marx” (*La sociedad...* II, p. 270).

Las políticas del posteriormente denominado *socialismo real*, reflejan una actitud muy diferente al *historicismo* marxista; es la postura del ingeniero que se considera capaz de influir o modificar la historia exactamente de la misma manera en que es capaz de modificar la faz de la tierra. (cf. *La sociedad...* I, p. 31)

Marx condena todo tipo de ingeniería social. La sociedad debe crecer de acuerdo con las leyes de la historia y no de acuerdo con los planes racionales; sin embargo, comparte con el utopismo la convicción de que es necesario ir a la raíz misma del mal social, pues de nada servirán los combates parciales contra el deplorable sistema social existente. Este radicalismo, esa actitud de “ir a la raíz de las cosas”, pertenece al sueño marxista de la revolución apocalíptica que habrá de transfigurar radicalmente todo el mundo social. (*La sociedad...* I, p. 163)

Todo tiempo pasado fue mejor

Los objetivos políticos de Platón, explica Popper, dependen en grado considerable de sus teorías historicistas. *Su* propósito de escapar al incesante flujo de Heráclito, cuyas manifestaciones son la revolución social y la decadencia

histórica, puede alcanzarse mediante el establecimiento de un Estado tan perfecto que se mantenga al margen del impulso general de la evolución histórica. Su *modelo original* lo ubica en una edad de oro que se remonta a los albores de la historia. (La sociedad... I, p. 39)

Al margen del idealismo platónico, el sentimiento de una continua decadencia es natural en el hombre maduro. Frecuentemente pensará que ya nada es lo mismo que cuando era joven: ni los helados, ni los besos; ni la tranquilidad, ni el orden; ni el estudio, ni la diversión; ni los estudiantes, ni los profesores; ni los artistas, ni los deportistas; ni los héroes, ni los villanos. El avance general de la ciencia, la curación de enfermedades antes mortales, la superación de los registros deportivos, el mayor número de publicaciones, o la belleza e inteligencia de las muchachas, no lo convencerán de lo contrario. Claro, cuando era joven se sentía física y espiritualmente mejor, y ese filtro tamiza sus recuerdos.

Así transmite oralmente, o por sus escritos y comentarios en los medios de comunicación, el sentimiento de que antes las cosas iban mejor, contribuyendo a formar un estado de insatisfacción que de combinarse con otros factores puede contribuir, en una sociedad abierta alcanzada o en desarrollo, a la destrucción de la libertad.

Había una vez un país al cual la dictadura del viejo de la montaña mantuvo quieto a fuer de ignorancia y represión; a su muerte, el tirano fue sucedido por gobiernos bien intencionados, que por representar los mismos intereses, las mismas fuerzas que generaron la dictadura y se beneficiaron de ella, resultaron incapaces de dar el paso final a la democracia. Derrocado el antiguo orden, el gobierno revolucionario trató de solucionar todo, pretendió dar libertad, educación, igualdad, progreso económico en el menor tiempo posible, afectando los intereses de muchas fuerzas sociales, lo cual generó cada vez más oposición a sus planes; reacción incomprensible y excluida de los planes del Estado, que aunada a la nostalgia del pasado, al culto a los héroes de las guerras anteriores, al amor al orden, cualquiera que este sea, terminó por derrocar la democracia implantada por la revolución, para sustituirla por una nueva dictadura con nuevos hombres. Los que dirigieron al país durante la dictadura anterior no regresaron al poder.

Ingeniería social utópica e ingeniería social gradual

Comienza Popper su descripción del *utopismo* en Platón y sus seguidores de todos los tiempos, con una frase de un personaje de Du Gard:

“Para empezar, habrá que destruir todo. Toda nuestra maldita civilización deberá desaparecer antes de que podamos traer alguna decencia al mundo”.

El fundamento del utopismo consiste en que todo acto racional debe obedecer a cierto propósito; por tanto, debemos elegir un objetivo final, en el caso una meta política última, un *Estado ideal*, antes de emprender acción práctica alguna. Sólo una vez determinado este objetivo final, aun en grandes líneas, algo así como el plano de la sociedad a que aspiramos llegar, podremos comenzar a considerar el camino y los medios más adecuados para su materialización, y a trazarnos un plan de acción práctica. (*La sociedad... I*, p. 157)

En el pesimismo platónico, el modelo del Estado ideal, que se aproxima a la *idea* de Estado, se halla en los orígenes del hombre. Otros pensamientos, en otros aspectos disímiles concuerdan en este punto, por ejemplo, la idea del hombre feliz en un comunismo primitivo.

La construcción del imaginado Estado ideal, cualquiera que este sea, implica en gran parte la destrucción de un orden anterior; esta reconstrucción de la sociedad es una enorme empresa que debe acarrear considerables perjuicios a mucha gente y durante un considerable espacio de tiempo. Consecuencia de ello será que el ingeniero utopista no tendrá otro remedio que hacerse sordo a las quejas y, en realidad, deberá convertir en parte de sus tareas ordinarias la supresión de las objeciones irrazonables. Pero junto con éstas, se verá forzado a suprimir, invariablemente, también la crítica razonable. (*La sociedad... I*, p. 159)

Lo que criticamos de la ingeniería utópica, dice el autor comentado, “es su propósito de reconstruir la sociedad en su integridad, provocando cambios de vasto alcance cuyas consecuencias prácticas son difíciles de calcular debido al carácter limitado de nuestra experiencia. [...] y nadie discute ya que el conocimiento de los hechos debe basarse en la experiencia.” (*La sociedad... I*, p. 161)

En tanto mayor sea la tarea reconstructiva, más serán afectados, y mayor será la resistencia al plan. La tentativa utópica de alcanzar un Estado ideal, sirviéndose para ello de un plano de la sociedad total, exige, por su carácter, el gobierno fuerte y centralizado de un escaso número de personas, en consecuencia, capaces de conducir fácilmente a la dictadura; de lo contrario, la creciente resistencia hará fracasar el intento, arrastrando a reconstructores y reconstruidos a un mismo destino.

Como método, la ingeniería utópica ha sido intentada con fines disímiles e incluso opuestos; igual puede servir para buscar una *isla de la felicidad*, o un *eficiente neoliberalismo*. El error no está en la meta buscada, que podrá ser intrínsecamente buena o mala, sino en el afán de cambiar todo en el menor tiempo.

La ingeniería social gradual, por el contrario, busca introducir cambios tentativos que se consideren en sí mismos valiosos, al margen de que exista o no un plan general de la sociedad, hacia el cual tiendan esos cambios. Como ejemplo de cambios intrínsecamente valiosos, se pueden citar los dirigidos a mejorar la educación, o la salud. No es posible determinar con certeza si estos cambios resultarán en una mejora del producto interno del país, o en la estabilidad del Estado; pero parece obvio que una sociedad de hombres sanos y educados es una mejor sociedad.

Los planos de que se sirve el ingeniero gradualista son relativamente simples. En efecto, éstos se refieren a instituciones aisladas, legislando acerca del seguro de la salud y contra la desocupación, acerca de los tribunales de arbitraje, de los presupuestos anti-depresionistas, o de la reforma educacional. En caso de que el plano esté equivocado, el daño no será muy grande ni el reajuste difícil. (La sociedad... I, p. 158-159)

Dentro de este método, por ejemplo, se podría abrir un país al comercio internacional, para lograr una mayor eficiencia y una mejor satisfacción de las necesidades de bienes, gradualmente, sin partir de la idea de que lo existente carece de valor y merece ser destruido, preservando lo positivo mediante la aplicación gradual de la apertura, lo cual, además de permitir a las empresas adaptarse a las nuevas condiciones, será útil para determinar el grado de cumplimiento internacional del teórico mercado libre de trabas, y en definitiva, para experimentar con la nueva política.

Según la teoría de Marx, no se puede modificar la realidad económica a voluntad, por ejemplo, mediante reformas legales. Lo más que puede hacer la política es acortar y disminuir los dolores del nacimiento. La tesis de Popper es totalmente opuesta.

“Podemos preguntarnos qué deseamos lograr y cómo lograrlo: podemos, por ejemplo, desarrollar un programa político racional para la protección de los económicamente débiles: podemos sancionar leyes para restringir la explotación;

podemos limitar la jornada de trabajo [...] podemos asegurar a los trabajadores (o mejor aún, a todos los ciudadanos) contra la incapacidad, la desocupación y la vejez [...] Y cuando podamos garantizar por ley un nivel de vida digno a todos aquellos que estén dispuestos a trabajar —y no hay ninguna razón para que esto no se logre— entonces la protección de la libertad del ciudadano contra el temor y la intimidación económicos, será casi perfecto [...]. El poder político constituye la llave de la protección económica. El poder político y su control lo es todo. No debemos permitir que el poder económico domine al político; y si es necesario, deberá combatírsele hasta ponerlo bajo el control del poder político.” (*La sociedad... II*, p. 307)

La observación, anotada en último término, de que no se debe *permitir que el poder económico domine al político*, constituye uno de los presupuestos del desarrollo social en democracia. Así como para el establecimiento de un régimen de libertades es necesaria la subordinación del estamento militar al poder político, y el monopolio por el Estado de la violencia, de manera tal que se impida que grupos sociales o directamente delictivos ejerzan violencia contra los demás ciudadanos, así también se deberá evitar la hegemonía de una clase social sobre la otra. Al igual que se rechaza la dictadura del proletariado, debe rechazarse el control del poder político por el poder económico.

La democracia exige un equilibrio de fuerzas bajo el poder del Estado. Sin embargo, resulta fácil que en un sistema electoral moderno, donde los políticos requieren, y obtienen, ingentes sumas de dinero para llevar adelante la campaña dirigida a la captación de votos, el poder político adquiera compromisos con el poder económico para llegar al gobierno del país, ataduras que terminan destruyendo el equilibrio de las fuerzas sociales. El control de un determinado sector de la sociedad sobre el poder político, impone los intereses de ese grupo sobre los intereses de los demás habitantes y permite inicialmente llevar adelante programas que afecten a los ciudadanos, lesión que podrá conducir, de acuerdo con su intensidad y duración, a la destrucción de la libertad, cuyo mantenimiento exige del concurso de la sociedad en general.

Dentro de un régimen de libertades, se puede controlar la influencia del poder económico, mediante leyes que efectivamente limiten los gastos electorales, que en ello va la vida de la democracia. “Nos concierne exclusivamente a nosotros cuidar de que se sancionen leyes de este tipo todavía más severas.” (*La sociedad... II*, p. 308)

El equilibrio social implica también proporción de fuerzas entre Estado y sociedad. Demasiada planificación, demasiado poder al Estado, conduce a pérdida de libertad y ése será el fin de la planificación. Las medidas adoptadas tenderán a combatir males concretos más que a establecer algún bien ideal. La intervención del Estado debe limitarse a lo que es realmente necesario para la protección de la libertad. (La sociedad... II, p. 311)

Se pueden observar ejemplos de sociedades abiertas, Estados democráticos que aunque lejos de ser perfectos representan una considerable conquista en el campo de la ingeniería social del tipo gradual. Infinidad de formas de delitos y de ataques a los derechos de los individuos por parte de otros, han sido prácticamente suprimidas o considerablemente reducidas, y los tribunales de justicia aplican la ley satisfactoriamente en difíciles conflictos de intereses (cf. La sociedad... II, p. 118). En su época, añadió Popper, que son muchos los que creen que la ampliación de estos métodos al terreno del delito y del conflicto internacional sólo constituye un sueño utópico; y, sin embargo, ya se vislumbran avances en tal sentido.

La comparación realizada, entre extremo utopismo y racional ingeniería social gradual, es también válida en situaciones intermedias. Si en un Estado democrático que practica el paciente gradualismo surge un líder fuerte con sueños de grandeza, con el deseo de acelerar los cambios para *hacer historia* durante su gobierno, o un grupo de pensadores o tecnócratas concluyen en que todo lo que se ha hecho hasta ese momento está mal y que es necesario cambiar *radicalmente el rumbo*, la política se alejará de la ingeniería social gradual para ingresar en los caminos del utopismo, con el resultado de que en lugar de introducir cambios tentativos y observar sus resultados para seguir adelante, insistirán en cambios totales y se aferrarán a las medidas tomadas al margen de su fracaso, hasta que sobrevenga la catástrofe, la ruina y la pérdida de libertad.

En el *país imaginado* como ejemplo, una vez más fue derrocada la dictadura, que si bien tuvo ciertos aires progresistas –la transformación del medio físico fue su lema– los sumió una vez más en la tiranía, en la persecución de los ciudadanos que se querían libres, con grandes atrasos en educación y salud.

Celebradas elecciones, para sorpresa y temor de muchos, ganaron los mismos hombres que habían tratado de llevar a cabo la revolución. Más maduros y con la experiencia de lo antes sucedido –si bien el pasado no determina necesariamente el presente, es posible aprender de la historia– trataron ahora

de lograr los mismos cambios, los cuales seguían considerando buenos y provechosos, pero llegaron a acuerdos con los partidos contrarios y con las demás fuerzas sociales, para lograr gradualmente los cambios pretendidos. En algunos planes obtuvieron rotundos triunfos y en otros fracasaron, viéndose obligados a rectificar.

A partir de este momento, fuerzas de las islas vecinas, un viejo tirano y un joven revolucionario, se inmiscuyeron en el proceso. El tirano fue ajusticiado, el revolucionario triunfó. La victoria y el inicio de la construcción en aquella isla de una sociedad nueva, influyó sobre las juventudes del partido gobernante. Quienes durante la dictadura habían estudiado marxismo, ahora, descontentos con el nuevo gradualismo, aprendieron fidelismo y fueron al combate.

Derrotada la guerrilla por los gobiernos democráticos, el partido revolucionario tornado al gradualismo cedió el poder mediante elecciones a un líder, antes conservador, ahora progresista, quien llevó adelante una política de pacificación. Bajaron los jóvenes de la guerrilla, formaron familia, se integraron a las universidades e institutos, y algunos hasta aprendieron a usar un automóvil.

Abandonaron el fidelismo pero no la idea de crear una nueva sociedad, más feliz, más desarrollada, un país del primer mundo. *Si vamos a ser capitalistas tendremos que serlo de verdad*, se oyó en aquella época. Los lideró, paradójicamente, porque esta historia está llena de mutaciones y paradojas, su antiguo enemigo, quien luego de un triunfo electoral, quiso construir, a partir de grandes cantidades de dinero que ingresaron por circunstancias económicas internacionales, un gran país.

Al comienzo, influido por las ideas de sus iniciales maestros, llevó adelante sus planes con inteligencia, bajo el lema de *administrar la abundancia con criterio de escasez*. Así nacionalizó las industrias básicas, conservando la estructura y los administradores y técnicos que la dirigían bajo las órdenes de las transnacionales. Es una nacionalización *chucuta*, gritó un coro de impacientes.

Pareciera que ese logro, largamente anhelado, hizo crecer en él un sentimiento mesiánico, sus corifeos lo consideraron un nuevo padre de la patria y los antiguos jóvenes antes fidelistas, siempre utopistas, lo acompañaron en el intento de transformar todo en un solo instante, a partir de planes elaborados por quienes como planificadores se revelaron tan inexpertos como lo fueron en combate. En palabras de su enemigo, se *administró la abundancia con escasez de criterio*.

El fracaso llevó de nuevo al poder al partido contrario, con nuevos tecnócratas de diferente raigambre, quienes trataron de detener la inflación *enfriando la economía*. Detuvieron el crecimiento pero no la inflación; cambiaron las circunstancias externas, mermó el flujo de dinero que venía del exterior, y se utilizó una nueva palabra: *estanflación*, estancamiento de la economía con una alta inflación.

Derrotado aquel conservador, regresó al poder el viejo partido, primero revolucionario, luego gradualista, después mesiánico, ahora simplemente simpático, luego de una hábil campaña que identificó al candidato con el hombre común: *es como tú*. El nuevo gobernante alejó de su lado a los economistas y pareció abandonar no sólo el mesianismo, sino toda planificación. No causó nuevos problemas, pero tampoco los resolvió; su natural buen talante le permitió ir sorteando escollos, hasta finalizar su gobierno con una alta popularidad.

Falsacionismo y gradualismo

El gradualismo social en Popper se fundamenta en que al no poder conocer con certeza el curso futuro de la historia, será necesario proceder con cautela, observando atentamente las consecuencias de las medidas económicas y sociales adoptadas, para rectificar o continuar adelante con nuestro proyecto. Será la confrontación con la realidad la que detendrá el cambio o lo alentará, para seguir avanzando siempre gradualmente porque la aparente confirmación del camino puede ser casual.

Las ideas sociales de Popper, y su método, son consecuencia de sus postulados sobre el método en la ciencia en general y en la física en particular.

Se pregunta Popper en *Conjeturas y Refutaciones*⁵ ¿Cuándo debe ser considerada científica una teoría? o ¿Hay un criterio para determinar el carácter o status científico de una teoría? (*Conjeturas...* p. 57)

Para responder al interrogante utiliza dos ejemplos diferentes de conductas humanas: la de un hombre que empuja a un niño al agua con la intención de ahogarlo y la de un hombre que sacrifica su vida en un intento de salvar al niño. Cada uno de los dos casos puede ser explicado con igual facilidad por la teoría de Freud y por la de Adler. De acuerdo con Freud, el primer hombre sufría

⁵ Popper K. R. (1972). *Conjeturas y refutaciones*. Versión española de Néstor Míguez. Paidós. Buenos Aires, 1981.

una represión (por ejemplo, de algún componente de su complejo de Edipo), mientras que el segundo había hecho una sublimación. De acuerdo con Adler, el primer hombre sufría sentimientos de inferioridad (que le provocaban, quizás, la necesidad de probarse a sí mismo que era capaz de cometer un crimen), y lo mismo el segundo hombre (cuya necesidad era demostrarse a sí mismo que era capaz de rescatar al niño). “Toda conducta humana puede ser interpretada en términos de cualquiera de las dos teorías. Era precisamente este hecho —que siempre se adecuaban a los hechos, que siempre eran confirmadas— el que a los ojos de sus admiradores constituía el argumento más fuerte en favor de esas teorías. Comencé a sospechar que esta fuerza aparente era, en realidad, su debilidad.” (*Conjeturas...* p. 59-60)

Con la teoría de Einstein la situación es notablemente diferente. La teoría gravitacional de Einstein conducía a la conclusión de que la luz debía sufrir la atracción de los cuerpos de gran masa. Como consecuencia de esto, podía calcularse que la luz de una estrella fija distante cuya posición aparente es cercana al Sol, llegaría a la Tierra desde una dirección tal que la estrella parecería haberse desplazado un poco con respecto al Sol. Si se fotografía la misma constelación de noche, pueden medirse las distancias sobre las dos fotografías y comprobar si se produce el efecto predicho. Si la observación muestra que el efecto predicho está claramente ausente, entonces la teoría simplemente queda refutada. La teoría es incompatible con ciertos resultados posibles de la observación, en nuestro caso con resultados que todos habrían esperado antes de Einstein. (*Conjeturas...* p. 60)

Realizado el experimento propuesto por el físico durante un eclipse solar, se observó la desviación predicha. El resultado no verifica la tesis de Einstein, pero la hace más verosímil, al haber superado el intento de desvirtuarla.

Las anteriores consideraciones lo llevaron a las siguientes afirmaciones fundamentales:

- (1) Es fácil obtener confirmaciones o verificaciones para casi cualquier teoría, si son confirmaciones lo que buscamos.
- (2) Las confirmaciones sólo cuentan si son el resultado de predicciones riesgosas, es decir, si, de no basarnos en la teoría en cuestión, habríamos esperado que se produjera un suceso que es incompatible con la teoría, un suceso que refutara la teoría.

- (3) Toda “buena” teoría científica implica una prohibición: prohíbe que sucedan ciertas cosas. Cuanto más prohíbe una teoría, tanto mejor es.
- (4) Una teoría que no es refutable por ningún suceso concebible no es científica. La irrefutabilidad no es una virtud de una teoría (como se cree a menudo), sino un vicio.
- (5) Todo genuino test de una teoría es un intento por desmentirla, por refutarla. La testabilidad equivale a la refutabilidad. Pero hay grados de testabilidad: algunas teorías son más testables, están más expuestas a la refutación que otras. Corren más riesgos, por decir así.
- (6) Los elementos de juicio confirmatorios no deben ser tomados en cuenta, excepto cuando son el resultado de un genuino test de la teoría; es decir, cuando puede ofrecerse un intento serio, pero infructuoso, de refutar la teoría. (En tales casos hablo de “elementos de juicio corroboradores”).
- (7) Algunas teorías genuinamente testables, después de hallarse que son falsas, siguen contando con el sostén de sus admiradores, por ejemplo, introduciendo algún supuesto auxiliar ad hoc, o reinterpretando ad hoc la teoría de manera que escape a la refutación. Siempre es posible seguir tal procedimiento, pero éste rescata la teoría de la refutación sólo al precio de destruir o, al menos, rebajar su status científico. (Posteriormente, llamé a tal operación de rescate un “sesgo convencionalista” o una “estratagema convencionalista”.)
- Es posible resumir todo lo anterior diciendo que el criterio para establecer el status científico de una teoría es su refutabilidad o su testabilidad. La teoría de la gravitación de Einstein obviamente satisface el criterio de la refutabilidad. (...) La astrología no pasa la prueba. (*Conjeturas...* p. 61)

La teoría marxista de la historia, continúa Popper, en algunas de sus primeras formulaciones (por ejemplo en el análisis que hace Marx del carácter de la “futura revolución social”), realizó predicciones *testables*, que de hecho fueron refutadas. En lugar de aceptar las refutaciones, los adeptos de Marx re-interpretaron la teoría y los elementos de juicio con el propósito de hacerlos compatibles. De este modo, salvaron la teoría de la refutación; pero lo hicieron al precio de adoptar un recurso que la hace irrefutable. Así, dieron un “sesgo convencionalista” a la teoría y, con esta estratagema, destruyeron su pretensión de tener un status científico. Las dos teorías psicoanalíticas antes mencionadas se encuentran en una categoría diferente. Simplemente no eran testables, eran irrefutables (*Conjeturas...* p. 62). Por tanto, no son científicas.

Su tesis filosófica se vale del silogismo en su *modus tollendo tollens*. Un condicional o implicación es aquella operación que establece entre dos enuncia-

dos una relación de causa-efecto. La regla ‘*ponendo ponens*’ establece que en un condicional si se afirma el antecedente, queda afirmado el consecuente, por ejemplo:

“*Si llueve, entonces las calles se mojan*” (premisa)

“*Llueve*” (premisa)

“*Luego, las calles se mojan*” (conclusión)

Tollendo tollens se refiere a una propiedad inversa de los condicionales, Si en un silogismo que tiene como premisa mayor un condicional, se niega el consecuente, eso nos conduce a negar el antecedente (la causa), puesto que si un efecto no se da, su causa no ha podido darse.

“*Si llueve, entonces las calles se mojan*” (premisa)

“*Las calles no se mojan*” (premisa)

“*Luego, no llueve*” (conclusión)⁶

Lo contrario no es cierto: no se puede afirmar la verdad del antecedente, afirmando el consecuente. Basta un ejemplo trivial, la regla general “*todos los cisnes son blancos*”, resultará desvirtuada si hallamos un solo cisne negro, pero no resulta confirmada por la verificación de la existencia de numerosos cisnes blancos. Es decir, con el descubrimiento de un solo animal negro, queda *falsada* la regla; en tanto que la constatación de la existencia de numerosos animales blancos no se constituye en verificación.

Sin embargo, a medida que la regla general se confronta con la realidad y se encuentran casos positivos, la teoría se va haciendo cada vez más fuerte, más verosímil. Ahora bien, si se buscan cisnes, se termina encontrando uno que no sea blanco, con lo cual se aumenta el contenido, pero baja la probabilidad. Para Popper se prueba la teoría como falsa, pero lo importante es cuánto aprendimos utilizando esa teoría: así se genera conocimiento.⁷

⁶ Los ejemplos son de Carlos Escaño Fryganas, *Reglas de Inferencia*, en: <http://www.juntadeandlucia.es/averroes/emilioprados/filosof/Logica/Reglas%20de%20inferencia.htm>

⁷ En estas explicaciones se utilizaron apuntes del curso de filosofía de la ciencia impartido por el Dr. José Burgos en la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. El profesor Burgos está hoy en la Universidad de Guadalajara, México.

Si muchos resultados favorables no son capaces de verificar la verdad de la teoría, con mayor razón unos pocos hechos sociales coincidentes con la teoría que se formula, o en algunos casos, uno solo, no permiten teorizar y mucho menos predecir resultados con un margen razonable de acierto. El efecto *tequila*, el efecto *Venezuela*, etc., si bien pueden ser descritos, y es útil hacerlo, no permiten fundar predicciones

Ley y caudillo

Distingue Popper dos métodos según los cuales puede proceder la intervención económica del Estado. El primero consiste en idear un “marco legal” de instituciones protectoras; el segundo, en facultar a determinados órganos del Estado para actuar –dentro de ciertos límites– en la forma que consideren necesaria para alcanzar los fines propuestos por los gobernantes que acierten a detentar el poder. Podría calificarse el primer procedimiento de intervención “institucional” o “indirecta” y el segundo de intervención “personal” o “directa”. La intervención democrática prefiere el empleo del primer método, siempre que esto sea posible, y restringe el segundo sólo a aquellos casos en que la intervención legislativa resulte inadecuada. Sólo la intervención institucional hace posible la realización de ajustes a la luz de la discusión y la experiencia, porque permite la aplicación del método del ensayo y del error a las acciones políticas. *Las decisiones discrecionales de los gobernantes o funcionarios civiles caen fuera de los límites de estos métodos racionales. Son disposiciones a corto plazo, transitorias, mudables de un día a otro o, en el mejor de los casos, de uno a otro año. (La sociedad... II, p. 312)*

En estos climas aun cabe distinguir entre la intervención ocasional de la discrecionalidad, para cuestiones puntuales o rápidamente emergentes, del poder del caudillo, el hombre providencial que lo sabe todo, que lo decide todo, al cual sólo le falta, en palabras atribuidas a Gonzalo Barrios, *un poco de ignorancia*.

El caudillo es incapaz de rectificar en su afán de *hacer historia*. Aparta como obstáculo a sus propósitos a todo aquél que dude de sus métodos, a quien pretenda hacerle llegar informaciones que desvirtúen sus planes, que representen un fracaso en la tarea de construir una sociedad nueva, y en definitiva una nueva humanidad; el objetivo *holista* de transformación de la existencia, pasa de la creación de una nueva sociedad que haga feliz al hombre, a la creación de hombres que se adapten a la nueva sociedad.

Cabe añadir que el marco legal debe ser conocido y comprendido por el ciudadano individual, e ideado de tal modo que resulte comprensible. Cuando se modifica, debe dejarse cierto margen, durante un período transitorio, para aquellos individuos que hayan realizado sus planes basándose en la presunción de su constancia. El método de la intervención personal introduce en la vida social un grado de imprevisibilidad cada vez mayor y, con ella, el sentimiento cada vez más fuerte de que la vida es irracional e insegura, creando en mucha gente la impresión de que existen fuerzas ocultas entre bambalinas, inclinándolos hacia la teoría conspiracionista de la sociedad con todas sus consecuencias: cacerías de herejes y hostilidades nacionales, sociales y de clase. (*La sociedad...* II, p. 313)

En el país *imaginado*, que no imaginario, las campañas electorales fueron cada vez más tecnificadas, con profusa utilización del transporte aéreo, de los medios de comunicación y de las técnicas de sondeo de la opinión, y por tanto más costosas. El financiamiento de las campañas condujo a una sujeción del poder político al poder económico. En un comienzo la intervención de los sectores económicos estuvo simplemente dirigida a lograr las ventajas que significa la cercanía al poder, pero luego tuvo el propósito de determinar el rumbo de la política y consecuentemente, del país.

Similar fue la manera como cambió el modo de utilización de las encuestas o estudios de opinión. En un comienzo simplemente éstas servían para su fin obvio, tratar de anticipar los resultados de las elecciones estudiando las tendencias de la opinión pública, y marginalmente, para influir sobre esos resultados, con la imagen del próximo triunfo.

Sin embargo, bien pronto se utilizaron de manera más puntual, para averiguar los anhelos de la población en un lugar determinado, de manera que el candidato en su visita pudiera ofrecer, *precisamente* lo que ellos querían. Así se ofrecieron puentes y liceos, balnearios y cinematógrafos, parques, bosques o tierras, sin que tales ofertas electorales, surgidas del acaso de las encuestas, quedaran estampadas en un plan coherente.

El heraldo del gran país regresó a la lucha electoral con *nuevas* ideas que contradecían el rumbo, que no el método, de lo que había hecho en su anterior gobierno; sin embargo, de las encuestas pudo constatar que su principal fuerza electoral residía en la ilusión de la prosperidad anterior. Sus seguidores nunca se percataron de que tal riqueza no había sido el resultado, sino la causa de sus grandes planes.

Alcanzado de nuevo el poder, luego de una gloriosa exaltación de la cual participó incluso el guerrillero, ahora envejecido dictador de la vecina isla, anunció repentinos planes de ajuste económico, con dirección contraria a la tendencia percibida por sus electores. Dichos procedimientos relacionaban grandes sacrificios iniciales para la gente, con el premio de una futura prosperidad —así frecuentemente planifican los economistas. Se produjo un caótico estallido que sobrepasó las fuerzas policiales, obligando a una intervención del ejército que si bien aplacó la espontánea insurrección, produjo numerosas víctimas, y trajo de nuevo a la fuerza armada al primer plano de la vida política.

La prisa en la ejecución de los correctivos económicos impidió constatar en la realidad el acierto o desacierto del rumbo adoptado, y el descontento general favoreció un intento de golpe de estado que en su repetición, pocos meses después, puso en claro una nueva alianza de utopistas y militares. Desplazado del poder el *neoliberal*, antes *socialdemócrata* y siempre impaciente, regresó al mando el conservador, luego progresista ahora simplemente senil. Indultos, vacilaciones, repentinos cambios de política, y el país perdió el rumbo.

Un viejo caudillo que lo era sólo por decantación, residuos democrata-cristianos y hasta una reina de belleza trataron de alcanzar el gobierno, pero entre todos surgió el militar golpista, quien mediante una sorprendente combinación de culto al pasado e ilusiones de futuro, se reveló como el nuevo hombre providencial. A su alrededor se unieron quienes anhelaban el orden pasado, con quienes soñaban con destruir sus restos; los antiguos partidos, temerosos del militar golpista, abandonaron a sus candidatos y con ello a sus seguidores, para apoyar a quien parecía mejor posicionado en las encuestas. Únicamente lograron que una enorme mayoría apoyara a quien ofrecía un nuevo rumbo.

A partir de este momento todo se hace muy confuso: el militar trata de implantar un utopismo sin planificación. Repentinamente ideas, surgidas al calor del pueblo, durante un mitin o una alocución radiofónica o televisada, se intentan llevar a la práctica, hasta que surge otra idea divergente o aun contraria, que la sustituye. Persigue enemigos y antiguos amigos; pero es tolerante al insulto y repetidamente se somete a la consulta electoral, lo cual dificulta su calificación como dictador:

En efecto, podemos distinguir dos tipos principales de gobiernos. El primero consiste en aquellos de los cuales podemos librarnos sin derramamiento de sangre,

por ejemplo, por medio de elecciones generales. Esto significa que las instituciones sociales nos proporcionan los medios adecuados para que los gobernantes puedan ser desalojados por los gobernados, y las tradiciones sociales garantizan que estas instituciones no sean fácilmente destruidas por aquellos que detentan el poder. El segundo tipo consiste en aquellos de los cuales los gobernados sólo pueden librarse por medio de una revolución, lo cual equivale a decir que, en la mayoría de los casos, no pueden librarse en absoluto. Se nos ocurre que el término “democracia” podría servir a manera de rótulo conciso para designar el primer tipo de gobierno, en tanto que el término “tiranía” o “dictadura” podría reservarse para el segundo, pues ello estaría en estrecha correspondencia con la usanza tradicional. (*La sociedad...* I, p. 128)

Hay un país que debe recuperar el rumbo, con la participación de los que puedan aportar sus esfuerzos y sus ideas, sin la guía de un nuevo hombre providencial.